

BX1751

.A1  
W4  
v.3

ES PROPIEDAD



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

TIPOGRAFÍA DEL EDITOR, BARCELONA

## INTRODUCCIÓN

1. El llamado pensamiento moderno, la doctrina del hombre ó el humanismo.—Hace notar Buckle acertadamente que en toda época hay un pensamiento generador, imprimiendo á los acontecimientos su dirección y dotándolos de una fisonomía especial; pensamiento á que deben atribuirse los resultados de la civilización en aquel espacio de tiempo.

Respecto al período llamado *tiempos modernos*, en que vivimos, sería inútil preguntar cual es el pensamiento que le caracteriza, pues todos sabemos que la humanidad y la glorificación personal del hombre constituyen la base y el objetivo de las modernas aspiraciones.

El triunfo del Humanismo á mediados del siglo XV fué la crisis decisiva, considerada por muchos como el principio de la edad moderna, razón por la cual recibió de aquel hecho su nombre en la historia de la civilización. Lo que hace cuatro siglos empezaba sin gran importancia, tomó después tal incremento, que llega, si no á los límites de lo posible, por lo menos mucho más allá de lo tolerable; porque, en efecto, lo característico de los tiempos modernos, el alma de la civilización moderna, el llamado pensamiento moderno, en el fondo no son otra cosa que el Humanismo, es decir, la glorificación, por no decir la deificación, de lo que es puramente humano.

Tal es también la opinión del tiempo en que vivimos. Como conclusión de todos los discursos acerca de las ideas modernas hallamos siempre una palabra que lo resume todo; la palabra *Humanidad*. En todos los himnos de ala-

008075

banza en honor de los tiempos modernos hay un solo pensamiento, el de que su magnificencia y su fecundidad prodigiosas provienen de haber devuelto el hombre á sí mismo. No son, se dice, conquistas poco numerosas é insignificantes lo que nos autoriza á llamar á estos últimos siglos el período de las invenciones y de los descubrimientos; pero el más glorioso y el más importante de estos descubrimientos es el del hombre. En la Edad Media, durante la dominación del Cristianismo, vivía aquél en servidumbre tal, que ni siquiera tenía la idea de su poder y de su dignidad. Por vez primera acaba de sentirse libre, de alcanzar su mayor edad y la conciencia de sí mismo; si se quisiera, pues, recompensar á la época moderna de sus méritos, habría que adornar su corona de honor con abundantes hojas de laurel, ceñir su frente con ancha banda en que estuviesen escritas con grandes letras de oro, proyectando á lo lejos sus resplandores, palabras que expresaran el acontecimiento que eclipsó la gloria de todos los demás; descubrimiento del hombre.

¡Descubrimiento del hombre! He ahí una nueva tan singular, tan importante y halagadora, que muy mal haríamos si de más cerca no la examináramos, aunque no sea á propósito para excitar demasiado nuestro interés el bullicio que con tal motivo se produce. ¡Cuán asombrado quedaría Diógenes, si, volviendo al mundo, hallara lo que tan en vano buscó! Sí, el descubrimiento merece ser atentamente examinado.

¡Y á la verdad que es un descubrimiento este del hombre moderno! Dejemos, por ahora, á un lado la cuestión de si es también el verdadero hombre, y si esta humanidad moderna es, como se complacen en pregonar, la pura humanidad; actualmente nos basta saber que tenemos ante nosotros algo nuevo, que difiere esencialmente de lo que los cristianos, y los hombres en general, nos hemos representado hasta ahora como el ideal del hombre.

Investigando, conforme á las mejores fuentes, lo que debemos entender por moderno Humanismo, encontramos

que, bien comprendido, encierra en sí cinco principios, ó, para hablar con más exactitud, cinco negaciones, mediante las cuales se separa de las convicciones de la humanidad que le ha precedido, y aun de la historia entera, limitándose á un nuevo mundo propio únicamente de él.

**2. Las cinco doctrinas fundamentales del Humanismo: *α*) La negación de Dios, ó por lo menos, la falta de atención hacia Él.**—Su primer principio es el siguiente: Para aprender á conocer al hombre verdadero, y para formarle bien, hay que hacer abstracción de Dios y de lo sobrenatural. Posible es que haya un Ser Supremo, y posible es también que el hombre, después de esta vida, tenga otra existencia; pero cuestiones son esas que deben dejarse á los teólogos y á las enseñanzas de la Iglesia; la educación moderna del pueblo y de la humanidad nada tiene que ver con ellas, porque su único propósito es formar al hombre para este mundo; <sup>(1)</sup> pero como el ciudadano del mundo y la cultura terrestre, en el dominio de la ciencia, del arte, de la moral, de la educación, de la vida pública, en una palabra, de todo lo que concierne al mundo, no dependen de la fe, ésta ningún derecho, ningún valor, ningún voto tiene en estas materias, y sobre todo no debe regirlas.

Como consecuencia de esto se proclama la separación entre la fe y la ciencia, entre la moral y el arte, entre la moral y el derecho, entre la Iglesia y el Estado, doctrinas que hoy debe admitir sin reserva quien pretenda figurar entre las personas instruídas, y en las que tiene plena confirmación la conocida frase de San Agustín: «Están en presencia dos reinos, fundado uno en el amor propio, el otro en el amor de Dios». <sup>(2)</sup>

Nadie pondrá en duda que esto sea intencional, si conoce nuestra literatura. Las frases que Goethe pone en boca de Fausto son relativamente moderadas: «De vuestro *más*

(1) Verhandlungen der *Allgem. deutschen Lehrerversammlung* zu Leipzig, Pfingsten, 1893.

(2) Agustín, *Civ. Dei*, XIV, 29; *In ps. LXIV, en. 2.*

*allá*, apenas me inquieto; si el mundo se convierte en polvo, puede surgir otro después. Esta tierra es la fuente de mis goces, y ese sol ilumina mis dolores. Suceda lo que quiera cuando me separe de ellos. No quiero investigar más si se ama ó se aborrece en esos mundos, si hay algo en lo *alto* ó en lo *profundo*». (1)

Pero expresan otros las mismas ideas con mucha menos reserva, en prosa ó en verso. Jodl, por ejemplo, no vacila un momento en declarar que nuestra más importante ocupación en lo sucesivo será sustituir las hipótesis sobrenaturales de la religión con ideas más conformes á nuestra época. (2) Según él, estas ideas consistirían en extirpar el culto por la civilización (3) y cimentar, en las ruinas de la religión envejecida, la fe en una solidaridad natural de la humanidad como formando un gran todo. (4)

Pero también Goethe, ese poeta empalagoso y frío, cuando quiere expresar francamente su pensamiento, llega hasta la blasfemia burlona que llama de un modo característico: *Menschengefühl* (*Sentimiento del hombre*) entendiendo por tal el sentimiento del hombre moderno: «¡Oh! dioses, que estáis en el vasto cielo; si nos dieseis aquí en la tierra firmeza en la resolución y en el valor! ¡Ah! os dejaríamos vuestros bienes, vuestro cielo allá en lo alto». (5)

Son tan frecuentes semejantes extravíos, que casi hemos perdido el sentimiento de repulsión que debieran inspirarnos y el conocimiento de su alcance; están nuestros escritores de tal modo familiarizados con ellos, que difícilmente podríamos representárnoslos más que como gentes que renuncian á Dios y á su beatitud para buscar únicamente su cielo en la tierra.

En nombre de todos los poetas y de todos los clásicos, Platen lanza estas palabras de desprecio á los cristianos,

(1) Goethe, *Faust* I (Stuttgart, 1854, XI, 68).

(2) Jodl, *Gesch. der Ethik in der neuern Philos.*, II, 160.

(3) *Ibid.*, II, 394.

(4) *Ibid.*, II, 493.

(5) Goethe, *Menschengefühl* (Stuttgar, 1853, II, 69 y sig.).

así como también á Dios y á su Cristo: «Podéis sentaros en la gloria al lado del Salvador, para contemplar á Dios que se os descubre; á los poetas les basta una felicidad menor: pasar por la tierra, considerándose felices si pueden llegar sus nombres á la posteridad en los labios del pueblo». (1)

Platen, desgraciadamente, tiene motivos para hablar así; nuestros grandes poetas no vacilan en decir que la fe en Dios ha hecho que el mundo perdiese su felicidad, y que le es necesario renunciar al Dios de los cristianos, si quiere poseer de nuevo la cultura y la felicidad verdaderas. Así habla Goethe en la *Desposada de Corinto*, así Schiller en *Los dioses de Grecia* y en otros poemas (2) que más adelante examinaremos; así otros poetas de inferior categoría. En todos ellos se encuentra en mayor ó menor grado lo que Constantino Wurzbach dice: «El mundo cesó de sacrificarse por una vana ilusión. El hombre expulsó de su ruta á la fe, porque le faltan toda fuerza y todo apoyo... Ninguna simpatía tenemos ya por esos cuentos de vieja con que se nos asustó durante millares de años. Eran sueños de una imaginación caduca».

Por eso es fácil de comprender cómo en los espíritus que se dicen cultivados fué sustituida la fe con una orgullosa manía de criticar. ¡Cuántos de ellos tienen todavía una palabra de respeto para Dios? Sólo se sienten libres cuando han separado el pensamiento de todo lo que es de un orden superior; sólo entonces se encuentran satisfechos, y se atreven á decir: «Soy hombre; aquí puedo ser hombre». (3)

Sí, se ha llegado al punto de atreverse á pretender que debe Dios desaparecer del mundo para que pueda prosperar el hombre. En el discurso de apertura que el barón Carlos de Rokitansky, profesor de la Universidad y presidente de la Academia de Viena, pronunció el 13 de Febre-

(1) Platen, *Religiöser und poetischer Stolz* (G. W. II, 313).

(2) Cf. Janssen, *Schiller als Historiker*, (2) 180.

(3) Wurzbach, *Parallelen*, (1) 48, 66.

ro de 1870 ante la sociedad antropológica en la ciudad imperial, no encontró medio mejor para hacerse agradable á los sabios reunidos y para conquistarse la admiración de los intelectuales, que terminar con estas palabras: *Diis extinctis successit humanitas* <sup>(1)</sup> (á los dioses extinguidos sucedió la humanidad), es decir que la humanidad sólo puede florecer después del aniquilamiento de la divinidad.

3. b) **La idolatría personal.**—Pero, cuando sistemáticamente se excluye á Dios del pensamiento del hombre, inevitablemente se pone éste en su lugar. Si no reconoce un señor superior á él, entonces él mismo es su propio señor. Si no existe un poder superior, en cuyo nombre realice sus actos, y si no hay regla alguna más elevada que le sirva de guía, cada nuevo progreso se convierte en una prueba más de su poder supremo y de su divinidad.

Nadie se asombrará por lo tanto de que el Humanismo pretenda sin cesar hacer que prevalezca la doctrina de la deificación y de la glorificación ilimitada del hombre. Este pensamiento es uno de los que nuestra generación acaricia con más orgullo, y el que se tiene desde luego presente al decir que el descubrimiento del hombre estaba reservado á nuestro tiempo. No hay más que un Dios, se dice, y es el espíritu humano; no hay más que una irradiación de Dios, y es la civilización y la historia de la humanidad. <sup>(2)</sup> Un hombre que olvida su poder y su dignidad hasta el punto de creer en la Providencia, de implorar á Dios, ó de darle gracias, es semejaute á un salvaje ó á un semicivilizado. <sup>(3)</sup> El único principio á que en lo sucesivo debe atenerse nuestra religión es el siguiente: El Dios del hombre es la Humanidad. <sup>(4)</sup> Tal es la segunda enseñanza del Humanismo.

Verdad es que no todos sus partidarios se pronuncian de un modo tan categórico en este punto decisivo, porque

(1) Kolb, *Culturgeschichte*, (2) I, 44.

(2) Sallet, *Die Atheisten und die Gottlosen*, 180.

(3) Gizycki, *Moralphilosophie*, (1) 413.

(4) Jodl, *Gesch. der Etik*, II 385.

muchos de ellos tal vez no lo ven tan claro. Sin embargo no podemos menos de designarle como el dogma fundamental del espíritu moderno; es el sentido de la doctrina del *yo*, que constituye el punto de partida y el término de la metafísica moderna y de la lógica; es el sentido de la autonomía, que es la base de la Ética moderna. En todas las cátedras se enseña que el hombre debe ser su propio legislador, su propio juez y su propio árbitro. Es inmoral, ni más ni menos, dice Kant y con él toda la filosofía actual, que el hombre quiera observar otros mandatos que los que él mismo se dé, aun cuando esos mandatos fuesen la voluntad explícita de Dios. En este sentido Rückert hace enseñar á sus brahmanes: «No has de creerte obligado porque Dios lo mande, sino, por lo contrario, mira como un mandamiento divino aquello á que te sientas obligado interiormente». <sup>(1)</sup>

En tal sentido resuena en toda la tierra, entre los pedagogos, entre los jóvenes, entre la generalidad y entre los anarquistas, la canción de la moral vulgar: «Sentirse fuera de toda autoridad, he ahí lo único que hace al hombre libre y magnífico». <sup>(2)</sup>

Sería necesario quitar á las palabras su significación y á las leyes de la lógica su fuerza para no conocer en todos estos pensamientos el germen de la deificación personal del hombre. La expresión debe ser tomada, no en sentido figurado, sino al pie de la letra. Falta sólo añadir las doctrinas pantéistas que no vacilará en proclamar Guillermo Jordán, diciendo «haber estado presente en la formación del universo, y afirmando que el tiempo, como jefe de la humanidad, produce del conjunto abigarrado de las cosas á Dios, el espíritu y la conciencia». <sup>(2)</sup> Entonces Leopoldo Schefer, el poeta de esa doctrina, puede exclamar. «De la crisálida de los antiguos ha salido un noble espíritu; un nuevo Hombre-Dios ha surgido á la vida, poseyendo una

(1) Rückert, *Weisheit des Brahmanen*, 4, 24.

(2) Leopoldo Schefer, *Weltpriester*, 156.

(3) Jordán, *Demiurgos*, II, 153 y sig.

naturaleza que ellos nunca en sus deseos habían adorado». <sup>(1)</sup>

Tal vez haya quienes retrocedan de horror ante semejantes palabras; sin embargo, las obras están en perfecta armonía con ellas. En la práctica, nuestros poetas, nuestros escritores, nuestros artistas ¿hacen otra cosa más que realizar la humanidad ebria de orgullo, la humanidad que no se inquieta por ninguna ley, y sobre todo por ninguna ley divina, cuando se trata de sus caprichos y de su voluntad? ¿Qué tendencia tenía en tiempo de Juan Paul y de Grabbe aquella empresa titánica, que tan ensalzada fué, sino la de escalar el cielo? ¿Á qué se refieren los genios puestos de moda por Goethe y Byron sino á la frase: que un espíritu elevado y distinguido, no solamente es soberano del mundo, sino dueño y aun creador del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, de lo verdadero, de lo bello, y de la moral? ¿Á qué tienden los héroes que Carlyle y Swinburne levantan sobre el pavés, sino á la realización del principio; que el verdadero héroe se señala á sí mismo su camino, su fin, sus leyes, su derecho, su conciencia? El que así no piense, dice Carlyle, tan adelantado está como los habitantes de los bosques vírgenes; forma parte del vulgo, dice Goethe; ó bien, según la frase dulcificada de Detlev Liliencron, es de aquellas almas de dependientes que Nietzsche clasifica entre los esclavos y las gentes vulgares.

Como se ve por esta rápida ojeada á la literatura de las últimas decenas de años los nombres solos cambian con el tiempo. El dogma del poder soberano é irresponsable del hombre se encuentra por todas partes y llena nuestra generación de una satisfacción tal de sí misma, que siente producirse en lo más íntimo de su alma lo que pone Goethe en boca de Prometeo: «Yo no soy un dios, y me figuro que lo soy». <sup>(2)</sup>

#### 4. c) La negación de la doctrina del pecado here-

(1) Schefer, *Weltpriester*, 467.

(2) Goethe, *Prometheus* (Stuttgart, 1853, VII, 232).

ditario.—Esa deificación del hombre no permite admitir la existencia de un gusano roedor oculto en la naturaleza humana, de una corrupción innata de la bondad natural, en otros términos, la existencia del pecado original y de la corrupción terrestre.

La negación de este dogma constituye, pues, el tercer principio, y el más importante del Humanismo. Alrededor de esta cuestión se libra el combate á favor ó en contra del espíritu moderno; por lo cual puede decirse que el Humanismo es ni más ni menos lo contrario de la doctrina relativa á la caída de la humanidad. Muchos de sus representantes no admiten la deificación del hombre y el destierro de Dios de la vida terrestre; pero están de tal modo unánimes en negar el pecado original, que no es posible mirar como partidario de la doctrina del Humanismo á quien creyera aún en aquella doctrina.

En tal sentido habla Rousseau de la *naturaleza buena*, Schlegel de la *naturaleza bella*, Goethe y sus discípulos de la *naturaleza sana*; en el mismo sentido habla el Naturalismo de la *santa naturaleza*, de la *divina naturaleza*, y la Estética de la sensualidad sin delicadeza, de la *naturaleza sencilla, casta*.

Es el evangelio predicado por Shelley en su *Catecismo del ateísmo*, que tan pernicioso ha sido á miles y miles de personas: «Servidores de los sacerdotes, dejad á un lado esa ilusión de que por herencia sufrís la falta y la desgracia. La seducción, no la herencia, siembra el mal. Solamente el mal ejemplo mata en el niño la innata bondad». <sup>(1)</sup>

Stirner expresa en términos llenos de indomable orgullo el último y verdadero motivo de esta negación. «Si la Religión estableció el principio de que somos pecadores, yo le opongo este otro: Todos somos perfectos. Mostradme un pecador en el mundo, si nadie tiene necesidad de satisfacer las exigencias de un Ser Supremo. Si tengo que ser piadoso, debo conformarme á las exigencias de Dios; si tengo que obrar simplemente como hombre, debo satisfa-

(1) Shelley, *Queen Mab* IV.